

laron su apoyo; la Excm. Diputación provincial y Ayuntamiento le franquearon sus archivos acudiendo á la vez con sumas algo respetables para atender á los gastos de obra tan colosal como prometiera. La Sociedad Económica Murciana que consideró beneficiosa y útil la obra del Sr. Castillo, deseosa de cooperar á los buenos sentimientos manifestados por éste, le auxilió con cuantos medios juzgó oportunos, viendo frustradas sus alhagüenas esperanzas cuando el Sr. Castillo despues de publicadas algunas entregas de su obra, abandonó el país en medio del más espantoso ridículo, sirviendo sus pomposos anuncios, de vanos pretextos, que solo sirvieron para llenarse de ignominia.

Mejorado el edificio de la Sociedad con las obras realizadas, trató de llevarlas á su complemento colocandó una cubierta de cristales en el patio central, precaviendo de este modo á la juventud de las transiciones atmosféricas al salir de las abrigadas enseñanzas.

Con aterradora miseria se inauguró el año de 1868. Despoblados los campos por la pertinaz sequia, estenuadas las yuntas por falta de alimentos necesarios para el sustento, y enagenadas por sus dueños las que quisieron librarse de una muerte cierta, muchos